

BAEZA, REFERENTE LITERARIO (APORTACIÓN A UNA «GEOGRAFÍA LITERARIA» GIENNENSE)

Por Antonio Chicharro Chamorro
Universidad de Granada

RESUMEN

Al hilo de la lectura del libro Guía literaria de la provincia de Jaén, se elabora una aportación consistente en ofrecer y comentar seis poemas allí no recogidos que toman como referente —la realidad no lingüística evocada por el signo— la ciudad de Baeza en tanto que símbolo de una España rural, lugar machadiano, espacio histórico y natural, sorprendentes, diferentemente vividos. Los poemas, que pertenecen a Blas de Otero, Gabriel Celaya, Ángel González, Enrique Molina Campos y Antonio Carvajal, muestran además varios de los caminos que recorren la poesía española actual, tanto por motivos de, para entendernos, plano del contenido como de la forma.

SUMMARY

On reading the book A Literary Guide to the Province of Jaén, there is a contribution consisting of offering and commenting six poems which are not included and which take the city of Baeza as a referent —the non-linguistic reality evoked by the sign—. Baeza is taken as a symbol of rural Spain, a «machadiano»

place, a surprising historical and natural space. The poems belonging to Blas de Otero, Gabriel Celaya, Ángel González, Enrique Molina Campos y Antonio Carvajal, show some of the trends that are usual in present-day Spanish poetry not only in the content but also in the formal aspect.

Corresponde a la crítica la construcción de diversos órdenes que permitan, aparte de su valoración, cierto control y comprensión del complejo universo de la literatura. Una de las variadas ordenaciones a que se somete la producción literaria es la efectuada a partir de criterios histórico-geográfico-espaciales. Esta aproximación, una forma tan a veces elemental como entrañable de crítica y erudición, exige poca justificación si atendemos al inmediato interés que suscita en los lectores lo particular y próximo, avivándose así el ascua de la tradición romántica que generó esa mirada hacia dentro en todos los sentidos. Pues bien, leyendo recientemente uno de estos impagables trabajos, dado el enorme esfuerzo que conlleva y la particular y próxima utilidad que se le supone, se me ha creado la necesidad de colaborar en esta empresa en la medida de mis fuerzas críticas, fuerzas que se concentran, entre otros, en el campo de la poesía española contemporánea.

Me refiero al libro de Aurelio Valladares Reguero, *Guía literaria de la provincia de Jaén*, una obra que merece, como digo, el reconocimiento de quienes sentimos interés general por la literatura española e interés particular por la variada vinculación de ésta a ese cruce espacio-temporal que es la actual provincia de Jaén (digo actual, por cuanto la antología se remonta a tiempos en que Jaén, ni siquiera España, existía como tal realidad histórica asentada en un Estado, etc.). No obstante, no voy a detenerme ahora en consideraciones particulares sobre el trabajo en cuestión, toda vez que ya ha sido oportunamente reseñado por Dámaso Chicharro. Voy a limitarme, pues, a reproducir y a comentar brevemente algunos poemas no incluidos en dicha publicación (1), poemas que toman Baeza como referente literario, entendiéndolo por referente, como todo el mundo sabe, una realidad no lingüística evocada por el signo.

Ni que decir tiene que un trabajo de las características del que estamos hablando, no se resiente lo más mínimo porque se señalen algunos olvidos. Es absolutamente comprensible si tenemos en cuenta el volumen de tierra movido, esto es, el gran número de lecturas realizado, para lograr fraguar un trabajo de 393

(1) Desde el punto de vista de trabajos críticos relacionados con el tema, etc., he echado en falta, al menos yo no los he visto, los siguientes: GALLEGO MORELL, Antonio: «Los primeros escritos impresos de Federico García Lorca: dos artículos más», *Bulletin Hispanique*, LXX, 1968, pp. 116-121; ORTIZ ARMENGOL, Pedro: «Baeza en las letras», *La Estafeta literaria*, núm. 344, Madrid, 21 de mayo de 1966, pp. 20-21.

páginas en gran formato. Ahora bien, si puede perder en cambio (por lo menos no gana) el medio que sirve de referente, de alguna manera la memoria histórica de ese medio, claro está, si ignoramos determinados textos poéticos escritos por poetas de gran peso específico en nuestra más reciente historia literaria. Hablo ni más ni menos que de Blas de Otero (1916-1979), Gabriel Celaya (1911), Ángel González (1925), que necesitan poca presentación, así como de Enrique Molina Campos (1930) y Antonio Carvajal (1943), aunque he de hacer la siguiente salvedad en este último caso: el libro recoge un poema suyo, «Piedra viva (amanecer en Úbeda)» (p. 290 y ss.), dejando de incluir «Elegía segunda», publicado en 1988, tal como ahora veremos, poema con el que Carvajal paga su tributo baezano al igual que lo había hecho con Úbeda anteriormente, dos islas en un inmenso mar de olivos.

Blas de Otero y Gabriel Celaya invocan el nombre de Baeza en tanto que lugar machadiano, como resulta lógico en poetas que hicieron de Antonio Machado, de su poética de la palabra en el tiempo, una bandera poética en plena posguerra junto a otras recias voces poéticas como las de Miguel de Unamuno. El buen poeta vasco Blas de Otero publicó en su libro *En castellano* (1959), libro de meridiano título que, con cuidada construcción, se levantaba sobre el suelo de la poesía social, el siguiente poema:

PALABRAS REUNIDAS PARA ANTONIO MACHADO

*Un corazón solitario
no es un corazón*

A. M.

Si me atreviera
a hablarte, a responderte,
pero no soy,
solo,
nadie.

Entonces,
cierro las manos, llamo a tus raíces,
estoy
oyendo el lento ayer:
el romancero

y el cancionero popular; el recio
 son de Gómez Manrique;
 la palabra cabal
 de fray Luis; de chasquido
 de Quevedo;
 de pronto,
 toco la tierra que borró tus brazos,
 el mar
 donde amarró la nave que pronto ha de volver.

Ahora,
 removidos los surcos (el primero
 es llamado Gonzalo de Berceo),
 pronuncio
unas pocas palabras verdaderas.

Aquéllas

con que pedí la paz y la palabra:

*Árboles abolidos,
 volveréis a brillar
 al sol. Olmos sonoros, altos
 álamos, lentas encinas,
 olivo
 en paz,
 árboles de una patria árida y triste
 entrad
 a pie desnudo en el arroyo claro,
 fuente serena de la libertad.*

Silencio.

Sevilla está llorando. Soria
 se puso seria. Baeza
 alza al cielo las hoces (los olivos
 recuerdan una brisa granadamente triste).
 El mar
 se derrama hacia Francia, te reclama,
 quiere, queremos
 tenerte, convivirte,
 compartirte
 como el pan.

Baeza es utilizada tanto como importante lugar machadiano cuanto como símbolo de una España agraria —no se olvide la inmediata tradición que al respecto representa la voz poética de Miguel Hernández— que, fuerza amenazante esgrimiendo una herramienta asimismo claramente simbólica —«alza al cielo las hoces»—, reclaman/invocan al poeta muerto en su exilio francés y, en él, una nueva España. Por otra parte, resulta también enormemente significativo el paréntesis, por cuanto, a propósito de Baeza, el poeta vasco mediante una prosopopeya nombra el campo andaluz y el árbol de la paz, ahora tristes por su ausencia, a los que tan naturalmente unido se sintió el poeta en sus días y recuerdos andaluces.

Por su parte Gabriel Celaya publicó dos poemas en *lo que faltaba* (1967), que transcribo a continuación:

VERSOS DE BAEZA

Ocurría algo raro.
 Conocía a todo el mundo. Nos dábamos abrazos.
 Nadie decía nada. ¿Para qué si era claro?
 Tan claro como raro,
 tan puesto en cierta luz de un mundo diferente
 era hallar mil amigos
 perdidos por provincias, perdidos por distingos
 chiquitos que Machado fundía en su pureza.
 ¡Estábamos unidos,
 unidos en un acto que era más que un recuerdo!
 Sabíamos que pronto cada uno volvería
 a su lugar, su tiempo,
 su idea personal como a una luz o un llanto,
 y yo me preguntaba:
 «¿Cómo logra esta unión don Antonio Machado?»

20.2.66

En la mitad de la calle, ya no queda nadie.
 Son los Guardias de la Porra quienes la limpian y barren.
 Todo el mundo se esconde en los portales,
 y yo, como soy tonto, les pregunto: «¿Qué pasa?»
 Dos amigos me cogen de golpe por la solapa,

me meten en un rincón, a empujones, y mal,
 y me explican cosas raras en voz baja.
 Es difícil de entender, porque no hablan en inglés,
 y aunque citan a Machado, no emite la BBC.
 Es difícil de aceptar, escondido en un portal,
 que otros aguanten lo malo de la vergüenza mortal
 mientras algunos, cobardes, nos tratamos de salvar
 de los palos arbitrarios y el diluvio general.

Tanto por razones de ideología estética como por motivos abiertamente políticos, Antonio Machado, como estamos comprobando, fue una figura poética y civil claramente invocada por críticos e intelectuales de izquierda en la España de posguerra, lo que procuró no sólo publicaciones, sino también actos de público homenaje frecuentemente suspendidos y reprimidos duramente. Es el caso del homenaje que se le iba a tributar en Baeza, el día 20 de febrero de 1966, fecha que da título al segundo poema recogido de Celaya. En aquella ocasión se dieron cita allí numerosos intelectuales y poetas, entre ellos Gabriel Celaya. Pues bien, a raíz de aquel homenaje, el poeta donostiarra publicó los dos poemas que anteceden, poemas que, por añadir a sus variadas funciones, sobre todo en el segundo poema, la función de información que no se le permitía a la prensa, función subsidiaria que hubieron de cumplir numerosos textos de la época, se comprenden en una primera aproximación sin dificultades importantes, aunque ésta no sea la única lectura que pueda y deba hacerse de los mismos (2).

Por su parte, Ángel González, importante poeta de la generación del medio siglo (3), también presente en dicho homenaje, incluyó en su libro *Tratado de urbanismo* (1967), recogido luego en sus poesías completas, *Palabra sobre palabra* (1986), un poema que toma aquel homenaje y aquella ciudad como referentes, si bien en tono muy distinto al de los anteriormente conocidos:

(2) Sobre este homenaje y el que efectivamente tuvo lugar en Baeza, el 10 de abril de 1983, puede verse mi artículo «Noticia de un homenaje (Baeza, febrero de 1966-abril de 1983): ¿Qué homenajeamos hoy en Antonio Machado?» aparecido en la prensa regional de aquel día, en *Ideal*, de Granada. Asimismo, en la segunda edición de *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*, libro del que soy editor literario, actualmente en prensa, incorporo numerosos textos relativos a aquel acontecimiento.

(3) Tuve la ocasión de ocuparme de las relaciones entre los viejos y jóvenes poetas sociales en las figuras de Gabriel Celaya y Ángel González, así como de las respectivas poéticas que concebían la poesía como comunicación y como conocimiento, en un artículo titulado «De viejos y jóvenes poetas en la España del medio siglo», *Olvidos de Granada*, núm. 13, Extraordinario «Palabras para un tiempo de silencio» (1986), pp. 151-153.

PLAZA CON TORREONES Y PALACIOS

Como un estanque sucio,
el tiempo
cubrió con su agua turbia
las palabras,
los discursos,
las frases
cargadas de propósitos sinceros.
Hubo más que palabras,
ciertamente.
Pero ahora
sólo quedan los muros,
impasibles testigos de esa historia
y de otras muchas más,
también pasadas.
El sol
dora los contrafuertes exteriores,
purifica las piedras y los vidrios,
resbala por las cúpulas,
resurge
debajo de los arcos.
Está
vacía la plaza,
crepuscular y clara,
llena de un aire limpio
de voces y de gestos.

Y sin embargo,
cuánta voz gritaría si pudiese,
cuánta sangre
—menos odiosa que esta indiferencia—
mancharía de rojo las paredes.

Respirando aquí el aire de la tarde,
oyendo así el silencio,
y recordando,
la vida es —o parece—
más absurda e irreal,
más insensata.

¿Quién lo diría ayer? Sin duda, entonces, muchos.
 Hoy ya nadie.
 Silencio:
 un murmullo de hojas
 pasa de árbol a árbol
 empujando hacia el campo por el viento.

En tiempo poético real, en presente de indicativo, el poeta se muestra ubicado en una solitaria y silenciosa plaza llena de nobles edificios, testigos mudos de una historia próxima y de otras también pasadas, cuyo silencio oculta una realidad que, de ser posible, se gritaría a los cuatro vientos, de lo que el poeta da cuenta tan emocionado como turbado por esa plaza noble, con sol de atardecer, de un silencio sobrecogedor por impuesto (4).

Enrique Molina Campos, poeta y crítico literario malagueño, profesor de la Universidad de Granada, vinculado estrechamente a revistas literarias tan importantes como *Carola*, *Camp de l'Arpa* y *Hora de Poesía*, ha publicado siete libros de poesía (no voy a referirme aquí a su importante obra crítica): *En verdad os digo* (1956); *La puerta* (1959), accésit del premio Adonais; *Historia natural* (1965), premio Ausias March; *Siete cartas de juventud y una elegía* (1965); premio Rocamador; *Poemas del hilo* (1967); *En medio de todo* (1973); y *Visiones y lástimas* (1983). El poema que reproduzco a continuación fue editado en la colección «De puño y letra», en 1983, por la Universidad «Antonio Machado» de Baeza. Forma parte de *Triptico andaluz* (en prensa):

LÁSTIMA ANTICIPADA

A Antonio Chicharro

«...soñaré contigo
 cuando no te vea».

¡Y tanto como yo necesitaba
 los cauces de tu piedra

(4) El poema, desde el título mismo, puede hacerse entrar en relación por contraste con el conocido poema de Vicente Aleixandre, «En la plaza», de *Historia del corazón* (Madrid, Espasa Calpe, 1954), donde el poeta toma como referente la Puerta del Sol de Madrid, en aquel día histórico de proclamación de la II República Española, llena de gente a rebosar. Sin embargo, en el texto de Ángel González la plaza se encuentra absolutamente vacía, irreal.

noble, las extensiones
de tu luz, la planicie
de tus calles extremas,
la sola y despojada
libertad de tu viento!

¡Y tan sensiblemente
como me voy reconociendo
en tus abiertos laberintos
donde la vida es orden
antiguo y eficaz!

Cuando no te recorra
yo a ti, sino tú a mí en el hoyo ciego
de mi memoria, cuando no te vea,
oh ciudad, oh campo que te alza,
¡cómo voy a ocuparte de mis sueños!

Ni que decir tiene que no forma parte de los objetivos marcados para este trabajo el comentario detenido de los textos. Por esta razón sólo me estoy limitando a glosar e interpretar aquéllos aspectos de mayor interés y los rasgos más sobresalientes de los mismos. Pues bien, en el caso de «Lástima anticipada» yo creo que se hace necesario explicar el sentido del título, ya que es el que nos da la clave significativa del poema todo. Para ello no conviene perder de vista el hecho de que el último libro de poesía, excepción hecha del adelanto de un futuro que representa *Siete poemas* (1988), lleva por título *Visiones y lástimas*, donde la visión tiene el valor de testimonio interiorizado y la lástima posee un valor elegiaco, de lamento, de «compasión y desconsuelo ante la creciente e implacable mutilación que es el vivir, o más exactamente, el convivir. Por eso las visiones y las lástimas se entrecruzan e incluso se funden en un mismo poema: dar fe, desde/hacia dentro y lamentar, suponen y significan la misma cosa» (Molina, 1983, p. 66). A partir de aquí podríamos comprender el tono testimonial y elegiaco del poema a un tiempo, la mostración del impacto que ha hecho la realidad histórica y natural de Baeza en el poeta (piedra/luz, calles/viento, etc.) y el lamento machadiano de anticipar la carencia de aquella ciudad y de su espacio natural.

El poema que doy a continuación pertenece al libro de guilleniano título *De un capricho celeste* (1988), del poeta granadino Antonio Carvajal, quien se dio a conocer en 1968 con *Tigres en el jardín*, libro al que seguirían *Serenata y navaja* (1973), *Casi una fantasía* (1975), *Fiesta en el mirador* (1979), *Sitio de Ballesteros*

(1981), *Del viento en los jazmines* (1984), *Noticia de septiembre* (1984), libros que fueron agrupados en el volumen *Extravagante jerarquía (Poesía 1968-1981)* (1983) y *Extravagante jerarquía II* (en prensa).

ELEGÍA SEGUNDA

Para Antonio Checa

Y Baeza de mirar.

Iban oscuros en la noche sola.
Su voz, su paso, resonaban. Era
Sola y quieta la noche, quieta y lenta
la palabra.

Un silencio, más frecuente
cuando la oscuridad era más densa
y las estrellas más visibles, lleno
de la respiración acompasada
de los durmientes y el rosmar del río
hondo, allí, entre la brisa apaciaguada
del olivar y de las cañaveras,
despertaba en un pecho una congoja
contagiosa, pacífica, que pronto
se hizo otra vez palabra.

Con palabras
que alguno, acaso, tenga en la memoria
se les llenaba el tiempo; transcurría
pausada la amistad, toda raíces
nutridas de la tierra de otras noches.
Alguien velaba lejos. El aroma
de las panaderías
cambiaba con las horas, y el trabajo
desvelado tornábase alimento
común, como la noche y las palabras.
Fue en el momento justo
cuando admiraban un alero espléndido
de sesgados ladrillos y decían
su placer, o su asombro, con voz tenue.

Ojos, palabras, pálpitos, la noche.

Y la ciudad casi dormida, hija
del tiempo y de sus tiempos, recobrando
su alma en las ruinas:

¿cómo pudo
aquel nido real de gavilanes
ser habitado por la sierpe, hundirse
en el pavor de la indolencia, hacerse
cruel para la esperanza de sus hijos
más tenaces y humildes, y quedar
casi roto, nostálgico, sembrado
de hiedra y jaramagos amarillos
temibles más que la melancolía?

Y al volver de las calles apoyaron
las manos y las frentes en la blanca
piedra de los sollozos.

Era noche.
Era la hora de partir.

Iban oscuros
a su trabajo cotidiano, cada
cual con menester distinto,
unos en la palabra por instantes
que no quiero olvidar porque me dieron
su sensación de luz que crece y vibra
y aún puede alimentar este poema.

El poema, que pertenece a la cuarta parte del poemario titulada «Estampas y elegías», es un extraordinario espacio de recreación verbal de unos instantes de vieja amistad recogida y serena, instantes vividos en un paseo nocturno pleno de palabras y de elocuentes silencios por los viejos espacios de la ciudad, donde el arte y la vida (alero/panaderías, la piedra de los sollozos, el alma de las ruinas, etc.) se entremezclan fecundamente, provocando esos versos de tono elegíaco por la indolencia y decrepitud históricas.

Mi propósito queda cumplido aquí, ya que no pretendía otra cosa que dar a conocer o recordar unos poemas para que sean recorridos por el lector fundamen-

talmente a través de ellos mismos, sin excesiva ayuda crítica, lo que justifica la brevedad de mis comentarios que apuntan en cualquier caso a rasgos globales. Por otra parte, no quiero dejar de señalar aquí lo siguiente: este recorrido poético nos hace recibir los ecos de una realidad natural e histórica diferentemente vivida y escrita, mostrándonos así varios de los caminos que recorren la poesía española actual, tanto por motivos de, para entendernos, plano del contenido como de la forma.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CARVAJAL, A.: *De un capricho celeste*. Madrid, 1988. Hiperión.
- CELAYA, G.: *Lo que faltaba*. Barcelona, 1967. El Bardo.
- GONZÁLEZ, A.: *Palabra sobre palabra*. Barcelona, 1986. Seix Barral.
- MOLINA CAMPOS, E.: *Visiones y lástimas*. Jerez de la Frontera, 1983a. Arenal.
- , «Lástima anticipada», *De puño y letra*. Baeza, 1983b. Universidad de Verano.
- OTERO, B. de: *En castellano*. (Barcelona, El Bardo, 1977). 1959.
- VALLADARES REGUERO, A.: *Guía literaria de la provincia de Jaén*. Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, 1990.

ARTE